

NIÑOS-AS Y ADOLESCENTES: ¿DESAMPARADOS-AS DIGITALMENTE?

Hoy en España el 50% de los menores navegan habitualmente por Internet y el 95% de los mayores de 15 años tienen un smartphone que usan entre tres y cuatro horas al día (una cuarta parte más de seis horas).

El uso es variado: para vincularse, mostrar sus creaciones e imágenes, recabar información, jugar. Sin olvidar las apuesta online que han aumentado exponencialmente (14-25 años) por su facilidad de acceso, anonimato y recompensa inmediata, amén del marketing agresivo y vinculado a ídolos deportivos. También las violencias encuentran su lugar, en especial el ciberbullying que ha aumentado en la última década.

¿Cuál es el único lugar donde un adolescente no se lleva casi nunca el móvil? Parece que a la oreja porque, según informaba The Guardian, un 25% de los adolescentes dueños de smartphone nunca han realizado una sola llamada.

Estos datos nos indican que se trata de una nueva realidad, que se sobrepone a la realidad social clásica, la presencial o analógica. Una realidad virtual que cada uno usa a su manera y cuyas implicaciones subjetivas son variadas. El 70% de los adolescentes dice que si no puede conectarse lo pasa mal y los padres cada vez consultan más por las broncas que dicen tener con los hijos a la hora de negociar el uso del móvil. Padres que, por cierto, en un 80% no tienen la menor idea de los contenidos que visitan.

La realidad virtual es hoy, pues, un lugar donde buscan respuestas a sus interrogantes varios y sobre todo tratan de encontrar una inscripción que los identifique. Un lugar real donde hacerse visibles y a través de sus likes, sus amigos y sus preferencias evitar el pánico de lo que se llama el *missing out*, aquel que está desaparecido por carecer de inscripción en el Otro digital.

En Internet se mira y se goza mirando, pero también uno se da a ver y se hace mirar, esperando no pasar desapercibido, lo que supondría ser un friki o un marginado.

¿Qué papel jugamos los adultos en esta nueva realidad? ¿Seguimos siendo interlocutores válidos para ellos? ¿O hemos dado un paso al lado? Tradicionalmente se entendía el desamparo cuando alguien, que necesita ser amparado por su vulnerabilidad, queda abandonado a su suerte. En el caso de la infancia lo vemos cuando algunos padres privan a sus hijos de los cuidados

básicos que asegurarían su subsistencia, su formación o su salud. A veces por omisión y otras por exceso bajo la forma de violencia, abusos.

Hoy los niños/as reciben, incluso en las familias más desfavorecidas, todo tipo de gadgets (móvil, tablets, videoconsolas). La mayoría de veces son ellos mismos quienes aprenden a manejarlos por su cuenta o con ayuda de otros niños o hermanos.

La ONU sitúa (2015) a los adolescentes como los mayores consumidores de porno online y en nuestro país un canal de YouTube, con más de 100.000 seguidores (niños/as de 7-12 años), ofrecía imágenes porno sin que nadie, ni los suscriptores infantiles ni sus padres, hubieran alertado del hecho.

Todo ello pone de manifiesto que están un poco solos con sus objetos en permanente conexión. Y como parece seguro que lo digital ha venido para quedarse y constituye un elemento central en la vida de la infancia del siglo XXI, como herramienta de aprendizaje, de conexión social y de satisfacción, amén de sus riesgos, deberíamos plantearnos si dejarlos tan solos y desconectarnos del uso que hacen, no es hoy una nueva forma de abandono y desamparo en nuestra era digital.

Dificultades actuales de madres y padres en la educación

Oriol, joven paciente de 15 años me explica la última bronca con sus padres. Él había pedido una pizza a través de una app y se disponía a cenar cuando su madre “entró sin llamar” en su habitación y le preguntó, muy enfadada, si es que no pensaba cenar con ellos. Extrañado y malhumorado le respondió que estaba muy ocupado, en medio de una partida de LOL -League of Legends- juego de estrategia y acción online altamente competitivo, y no pensaba salir.

Nerea, 14 años, me cuenta que ahora discute menos con su madre, que es profesora y siempre le ayudaba con los deberes. Ya no le pregunta ni quiere que le supervise. “Para eso tengo el “callabocas” (Google) o el wikipedia -dice-, lo saben todo y no me rallan”.

Parece que tanto para una como para otro, los padres y madres han pasado a un segundo lugar como interlocutores. Hoy ya somos conscientes de la pérdida notable de peso del patriarcado, como régimen educativo y de socialización, basado en la autoridad del paterfamilias o sus derivados (maestro, cura, gobernante). Pero

también empezamos a serlo del fracaso de sus sustitutos. La idea nostálgica de un retorno a ese padre todopoderoso y autoritario cobra fuerza en algunas sociedades fundamentalistas (de un signo u otro) pero no parece imponerse.

La hiperdedicación de los padres para sobreproteger a sus hijos genera una desprotección al convertirlos en personas vulnerables

Otros, para compensar su experiencia con padres “distantes”, ejercen la hiperpaternidad, tan bien analizada por Eva Millet en su libro Hiperpaternidad. Procedente de los USA, se basa en una hiperdedicación de los padres para sobreproteger a sus hijos y evitar así cualquier riesgo que pusiese en peligro su desarrollo o menguara sus capacidades como seres excelentes. Más allá de sus buenas intenciones, lo que genera es una desprotección al convertirlos en personas vulnerables, con cada vez más dificultades ante una realidad hostil y compleja como la que les toca vivir como adultos. Es la falsa salida del management aplicado a la crianza, donde los padres (preferentemente de clase media y alta) no paran de hacer excels comparativos (escuelas, actividades extraescolares) y cuestionar a los maestros.

Y, finalmente, tenemos la “solución” del laissez-faire, mezcla de parálisis por desorientación e indiferencia por el bienestar de los hijos (negligencia). Este dejar hacer se acompaña, como sustituto, de la omnipresencia de los gadgets que, al margen de la clase social y los recursos económicos, invaden la vida de niños y adolescentes.

El dejar hacer se acompaña, como sustituto, de la omnipresencia de los gadgets

Las dificultades actuales en la crianza, por parte de muchos padres que consultan desorientados y angustiados a veces, no son ajenas, pues, al fracaso de estos sustitutos de la vieja educación patriarcal, sistema que bien podemos olvidar, en cualquier caso, ya que el precio de su seguridad y estabilidad en la función educativa se hacía a cuenta de una represión y exclusión notable (sexualidad, deseo, diversidad).

¿Cómo podemos, entonces, los adultos (madres, padres, educadores y otros profesionales) seguir siendo interlocutores válidos para la infancia y adolescencia del siglo XXI? ¿Qué tipo de ‘otro’ somos para ellos?

Parece que volver al pasado, y al pensamiento único que comporta, requiere un acto de fe y un sacrificio que pocos desean y sólo la imposición forzosa puede sostener en comunidades muy cerradas. Competir con el mercado no tiene mucho

sentido, salvo que nos queramos convertir en empleados de nuestros propios hijos, sin garantía alguna de éxito además.

Quizás la clave esté en vaciar un poco sus vidas, de objetos y de actividades extra, y dejar que se aburran un poco. Conversar con ellos, de vez en cuando, confiando en que de ese vacío aburrido extraigan alguna cosa de provecho. Soportar la espera, el silencio y el vacío son ejercicios básicos en la crianza. Tratar de rellenarlos rápidamente no les ayuda a pensar ni a disfrutar. ¿No era esa la clave de juegos como el mecano o las muñecas, objetos incompletos con los que uno tenía que construir e inventar historias, con su estilo propio?

2 ARTIKULUEN IDAZLEA: Jose Ramón Ubieto.

Erreferentzia: La Vanguardia egunkaria.